



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

"La histeria como sintoma de la modernidad"

T E S I S I N A
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A (N)

Mary Carmen Palafox Granato

Directora: Dra. Irene Aguado Herrera

Dictaminadores: Dr. José Refugio Velasco García

Mtra. Maria Teresa Pantoja Palmeros





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

“Sí me lo proponía podía poner al descubierto los pensamientos de la mayoría de ellos, [...] Deseaba desesperadamente vivir algo la vida, dar algo de mi persona al mundo, entrar en relación y lucha con él”

(Herman Hesse)

“No soy un hombre que sabe. He sido un hombre que busca y lo soy aún”

(Herman Hesse)

AGRADECIMIENTOS

A MI MADRE.

Por ser la persona en la que siempre he podido encontrar una amiga, en la que espejo cada una de las cosas que soy y que he llegado a ser a lo largo de la vida, te dedico a ti este logro porque solo tú has sabido acompañarme en mis triunfos y fracasos en la vida, no solo profesionales. Porque eres el ser que me enseña día con día a escuchar y me rebota las caras más temibles de mí misma pero también las más nobles y dulces. La que ha sido una guía y que con su amor ha sabido exprimir lo mejor de mí, quien me demuestra que el amor no tiene límites.

A MI PADRE.

El hombre que con sabiduría ha sabido brindarme un consejo pertinente en cada momento de la vida y de este proceso, que supo cobijarme cuando me sentía desprotegida y a la deriva, que nunca se ha ido y que me demuestra día con día que seguir de pie es cuestión de fortaleza, entereza y ganas.

A MIS HERMANAS.

Sandra y Liliana que saben y han sabido ser siempre las mejores amigas que la vida me regalo, las cómplices que me demuestran que a veces se puede dejar de lado todo incluso las malas memorias por alguien a quien amas, quienes con experiencias me enseñan que el amor es más grande que cualquier cosa, quienes han sabido estar presente en los momentos adecuados tanto buenos y malos y a las cuales confié la vida, mil gracias por guiarme y amarme tantos años.

A MI FAN NUMERO UNO

Por ser la persona que me demuestra que amar no es pedir ni exigir, Alejandro Medina, por llegar en el momento justo, que no solo es a culminación de un camino, un proceso, si no una transformación de mi persona para encontrarse con la tuya.

A LA DOCTORA IRENE AGUADO.

Inspirar a alguien a través de la enseñanza es una labor demasiado noble y que requiere de una delicadeza finísima, le doy las gracias a usted por permitirme un espacio de escucha, por enseñarme que hay más allá de lo evidente que nos mueve, que nos fracciona, que nos impulsa y que nos guía en la vida. Por ser una persona a la admiro muchísimo, le doy las gracias por transmitirme su pasión, por enseñarme el psicoanálisis de una forma tan trascendental que se quedó para ser escuchado en mi día a día. Le agradezco por haber creído en mí e impulsarme a leer el mundo desde otros ojos.

A MIS AMIGOS

Por ser parte esencial de este proceso, por impulsarme y ayudarme a repensar no solo el trabajo que ha sido plasmado en estas cuantas hojas, si no por acompañarme en el proceso de escucharme a mí misma durante estos últimos años, Alan Raposo, Alejandro Salazar, Fernanda Ortiz, Natalie Borbolla y Mayte Mendoza, por regalarme momentos de diversión y por ser un sostén cuando no sabía que caminos continuar.

A MIS PROFESORES.

Por ser una guía y acompañarme en procesos de descubrimiento de mí misma, por enseñarme que los caminos que en la vida se presentan son esenciales para ver de qué estamos hechos y definir hacia dónde vamos, muchas personas importantes en

la carrera y otras también que mostraron sus peores caras, también se los agradezco, por permitirme la salida a un mundo donde no cabe la soberbia y por permitirme descubrir mis mejores caras. Mención especial a Estela Flores, por ser una amiga y maestra que me permitió descubrir partes de mí misma que no conocía, quien me permitió comprender mis temores y quien me impulso a ser una mejor profesionalista.

A LA UNIVERSIDAD

Por ser el lugar en el que reposan las memorias de momentos malos, buenos, felices, tristes, de logro, de conocimiento de dicha y de comunidad. Por permitir el desarrollo de discursos que nos llevan a ser mejores profesionales y brindarnos un espacio y voz en el mundo. Por permitirnos crecer y aprender no solo académicamente también de la vida. Por ser el lugar en el que he conocido personas increíbles en la vida POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRÍTU.

“El que tiene ojos para ver y oídos para escuchar puede convencerse a sí mismo que ningún mortal puede mantener un secreto. Si sus labios son silenciosos, parlotean con sus dedos; la traición rezuma de ellos a través de todos sus poros.”

(Sigmund Freud)

ÍNDICE

Resumen	1
Introducción	3
1. La modernidad y el ser mujer	7
1.1 Contexto histórico de la modernidad	8
1.2 Condiciones de la vida privada	10
1.3 La mujer y el ser mujer en el mundo moderno.	15
2. La histeria y el cuerpo	18
2.1 La histeria antes de Freud	18
2.2 La histeria como estructura psíquica	24
2.3 El síntoma, la conversión y el cuerpo.	26
3. El síntoma	30
3.1 Síntoma a distintos niveles de subjetividad	31
3.2 El saber sobre lo sexual de que da cuenta la histérica.	33
3.3 El deseo y su lugar en el síntoma.	36
4. La histeria como síntoma de la modernidad.	40
Conclusiones	45

RESUMEN

En esta tesina se hace una revisión teórica de las condiciones contextuales de la modernidad situada a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, las cuales tienen una relación irrefutable con la posición que se le otorga a la mujer en la sociedad, en la educación, instituciones y por supuesto, el posicionamiento subjetivo que esto desemboca.

De manera fundamental se aborda la cuestión de la histeria como un síntoma de esas condiciones, realizando un recorrido por las concepciones iniciales de la histeria y los textos iniciales de Freud como el principal teórico, recordando el cómo la histeria dio paso a la construcción de un nuevo método clínico que no solo nos adentraba a aspectos del ser humano ominoso, también nos daba cuenta de un “algo” que gritaba a través de esos síntomas histéricos, paralizantes, terroríficos, un saber sobre lo inconsciente que generaba desconcierto y preguntas que escapaban a todo intento de resolución.

La justificación del presente texto se haya en repensar la histeria y hacerlo lejos de encasillarla en un padecimiento orgánico, si no repensarla como una estructura subjetiva, que al igual que otros “padecimientos” surge como síntoma de las condiciones contextuales de la humanidad tanto políticas como sociales y culturales.

Y comprender que el punto de anclaje hacia el cual nos dirige es concebir un saber sobre lo sexual que nos habla de aquello de lo que el sujeto nada sabe de qué sabe y que no quiere saber, de afectos, síntomas, fantasmas y de objetos, que son heredados transgeneracionalmente.

La hipótesis que le da sentido al presente escrito es sí a cada época le corresponde un “padecimiento” entonces la histeria no podía ser la excepción y se presenta en la modernidad como motivo de asombro para médicos, psiquiatras, etc., como una

condición o una “enfermedad” que grita algo del orden de lo subjetivo incapaz de ser hablado y de ser escuchado.

Como un síntoma que surte efectos en el sujeto y que habla de los síntomas que convergen en esos cuerpos hablantes y deseosos de ser escuchados por aquellos dispuestos a escuchar.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad la histeria es un tema en el que no se profundiza, hablar de ella podría remitirnos a las épocas antiguas en las que ésta era ocasión de angustia y de asombro. Es importante recordar desde hace cuánto tiempo es que esta “enfermedad” ha sido objeto de estudio de filósofos, médicos y posteriormente psiquiatras. Así como referir sobre ella sus cambios, de acuerdo con las situaciones, como esta afección se ha sintomatizado de variadas formas de acuerdo a los modos de vida, los pensamientos que caracterizan la época y como ésta también sintomatiza demandas de aquello que el sujeto nada sabe.

Hablar de la historia de la histeria nos remonta a hablar de ella desde los tiempos de la medicina griega e incluso antes, la historia de la histeria va de la mano con la de la medicina. Esta se consideraba una afección del útero y se recomendaban ciertos medicamentos, o ciertos métodos mediante los cuales ésta podría “curarse” antes de que se tuviera en cuenta su carácter psicosomático. Algunas ocasiones se consideraba que casando a las jóvenes histéricas o a las viudas ésta se podría curar, acercando la enfermedad a ser un padecimiento de carácter sexual y femenino, refiriendo así al útero como un órgano insatisfecho que extiende su descontento al cuerpo y lo manifiesta de otras formas.

Hysteria cuyo significado en latín es matriz derivado de la cultura griega nos brinda una mayor concepción de lo que ésta representaba, un padecimiento de féminas con un útero ardiente. Resultó sorpresivo que también la histeria fuera un padecimiento que ocurría a los hombres, dicha concepción fue mantenida hasta mediados del siglo XIX. El psicoanálisis y los numerosos estudios que Freud realizó con las histéricas permitieron descubrir que la etiología de esta constitución es de un carácter somático.

Freud (1985) nos muestra que la clínica de la histeria tiene un trasfondo sexual y posteriormente permitirá dar cuenta del habla como instrumento mediante el cual esta estructura el cuerpo expresa todo aquello que no se habla y que tiene efectos en el sujeto. Esta clínica brinda así la posibilidad de constitución del método psicoanalítico y de dar un lugar al psicoanálisis en el tratamiento de una de las “epidemias” del siglo XIX.

Sin embargo, ¿qué sucede con la histeria en la modernidad? Como hemos mencionado antes, el cuerpo de la histérica se constituye a una demanda de saber en él Otro, a eso no dicho, a eso que surte efectos a partir de los cambios y modos del mundo que se articulan en lo corpóreo, siendo de tal forma imposible pasar de largo por todas aquellas condiciones contextuales que nos permiten repensar a esta como un síntoma de la modernidad.

Podemos referirnos al psicoanálisis como un método de exploración del psiquismo humano y también como una terapéutica para el tratamiento de algunas neurosis y psico-neurosis, un método que surge también como una necesidad ante los cambios que la modernidad plantea, lo cual implica mirar hacia lo que nos interesa dar cuenta, la especificidad epistemológica del psicoanálisis. Para esto es necesario recurrir a los fundamentos sociales, científicos, culturales y personales en los que Freud fue formado, así como contemplar la historia del discurso psicoanalítico de Sigmund Freud, sin embargo, aunque esto sea relevante para el discurso psicoanalítico no profundizaremos en él, pero si en los aportes que la histeria logra brindar a la construcción del mismo.

La histeria es uno de los “padecimientos” que nos ofrece la comprensión de la especificidad epistemológica del psicoanálisis. Freud era un médico interesado en uno de los más concurrentes padecimientos de finales del siglo XIX, la histeria. Maleval (1987) nos permite comprender que cada enfermedad corresponde a una época, y la histeria no podía ser la excepción con toda su teatralidad.

La histeria es una constitución subjetiva que es relevante para dar cuenta de las condiciones sociales, políticas y culturales que dan pie al desarrollo de ésta y

cómo es que un padecimiento se convierte en una problemática social para la modernidad en la que se desenvuelve la teoría psicoanalítica, ya que gran parte de los trabajos que Freud realizó con las histéricas, dieron pauta a la construcción de un discurso, que se mantiene en permanente articulación al método psicoanalítico que se planteara después como una cura para las neurosis. A partir de la presente revisión teórica podemos concebir a la histeria como una estructura que nos habla de su amoldamiento a las distintas épocas y cómo es que ha perdurado a lo largo de éstas, permitiendo así comprender que así como las condiciones han cambiado, la histeria también lo ha hecho, si logramos entender los efectos que la modernidad significa para la histeria, en tanto que estos efectos la posicionan como un síntoma hacia esos cambios, podremos pensar en un futuro su significación para la posmodernidad.

En el presente trabajo se pretende lograr una aproximación teórica a la relevancia de la histeria como un síntoma de la sociedad de la época moderna de finales del siglo XIX, a partir de los trabajos de Freud con las histéricas y el desarrollo de un relevante discurso teórico - metodológico de la teoría psicoanalítica.

Por ello se plantea la siguiente pregunta ¿Qué problemática de la época moderna de finales del siglo XXI sintomatiza la histeria?

En el primer capítulo se plantean las condiciones de la modernidad y como éstas logran darle un lugar a la mujer en un discurso específico de acuerdo con las condiciones contextuales que la política, la economía y la sociedad establecen.

En el segundo capítulo se hace una revisión del concepto de histeria y la forma en la que esta estructura se somatiza en el cuerpo. De tal forma que a través de ella podemos hablar de aquello que el sujeto no sabe que sabe y no quiere saber pero que surte efectos a través de los afectos, los fantasmas y las representaciones. El definir la histeria en su nivel intrapsíquico es una de las bases y comienzos de la teoría psicoanalítica.

En el tercer capítulo del síntoma se articula el concepto de síntoma en los diferentes niveles de subjetividad, intrasubjetivo, intersubjetivo y trans-subjetivo. El devenir mujer se juega en la dimensión clínica a la que hemos de adentrarnos durante todo este texto, es una ilustración de ese modelo en el cual el “devenir mujer” permite la dinámica clínica de la histeria, lo que aclara el dramatismo de la experiencia misma que ha permitido que nos cuestionemos en el plano de lo simbólico el estatuto de la mujer y su lugar como “síntoma social”.

En el cuarto capítulo se aborda como tal el tema del presente texto, la histeria como síntoma de la modernidad a modo de que ésta es la piedra angular que permite la comprensión de un discurso, un discurso sobre lo que debe de mantenerse en secreto, discurso del silencio en el cual el pacto más grande es somatizar para gritar a través de ello, síntoma que aparte de hablar de algo de lo que nada queríamos saber por su carácter ominoso nos refiere un posicionamiento en el plano de lo real que compromete a la mujer a constituirse en ese lugar, como la histérica.

CAPÍTULO I

LA MODERNIDAD Y EL LUGAR EN EL QUE SE ES MUJER

“... ¿A dónde se han ido las histéricas de antaño, esas mujeres maravillosas, las Anna O., las Emmy von N...? Ellas desempeñaban no solamente un cierto rol, un rol social cierto, pero cuando Freud se puso a escucharlas, fueron ellas quienes permitieron el nacimiento del psicoanálisis. Es por haberlas escuchado que Freud inauguró un modo enteramente nuevo de la relación humana. ¿Qué es lo que reemplaza a esos síntomas histéricos de otros tiempos? ¿No se ha desplazado la histeria en el campo social? ¿No la habrá reemplazado la chifladura psicoanalítica?” – Lacan 1977

A mediados del siglo XIX había ideales que empapaban el pensamiento de Europa central, este periodo de primavera de los pueblos y las revoluciones como menciona Roudinesco (2015) fue el periodo de primavera del liberalismo y del socialismo, aurora del comunismo. Pues Europa había sido cuna de Imperios, de guerras, de masacres, de deseos por dejar de lado ese orden político monárquico, estableciendo naciones ya democráticas. Ahora se enfrentaban a una Europa con revoluciones reprimidas y que se propagaban de manera contradictoria con respecto a la Ilustración francesa.

“Sin embargo a mediados del siglo XIX esas dos concepciones de la ilustración (civilización y kultur) – la primera universalista y la segunda más identitaria – entraron en contradicción con los regímenes políticos deseosos de restaurar, bajo nuevas formas, el antiguo orden del mundo, gravemente

quebrantado por la primavera de las revoluciones. Así apareció el nacionalismo.” (Roudinesco, 2015, pág. 18)

De esta forma y aún contra la universalización de ideales de la Ilustración como nos menciona Roudinesco (2015) muchos pueblos de Europa hicieron suya la idea de una nación, tratando de unificar las naciones jerarquizadas y no a los hombres. Entonces el ideal Ilustrativo de ver el devenir de un hombre libre y con el ideal alemán de cultura identitaria fue inalcanzable al establecerse una doctrina donde todos los hombres tenían la obligación de pertenecer a una comunidad o una raza. Esto por una parte y por otra algunos se encontraban rechazados por su raza, ya no por su piel, una identidad invisible que los obligaba a definirse como una nación, esta condición invisible era la religión, que va otorgar un posicionamiento al hombre y la mujer en la sociedad.

Con estos cambios podemos observar que la modernidad es un sistema económico, político y social que tiene efectos de sometimiento en el sujeto, donde se señala a los otros lo que hay que hacer o lo que se tiene que pensar, tema que se profundizara posteriormente. Sin embargo, algo muy importante es que la modernidad es un proyecto que constituye sujetos a partir de prácticas y quehaceres cotidianos, como nos mencionaba Roudinesco (2015) uno de los fantasmas que rondaba la Europa central de mediados del siglo XIX era el marxismo, una teoría de Estado o de poder político, en el cual el poder es ejercido por las sociedades burguesas, sin embargo, el ejercicio del poder no se queda en el nivel social y político, sino que se desplaza a las formas de relación que se establecen entre las familias, parejas. Por consiguiente, esto tiene un impacto también en el poder que se ejerce entre los sexos.

Zaretsky (1986) nos plasma los principales movimientos de liberación femenina que se derivan de una revolución de experiencias profundas a las que estaba sometida la mujer, bajo la supremacía masculina que precede al capitalismo, se pretende cambiar la situación de la mujer en el hogar y en el terreno de la vida privada, a través de la discusión política. Los tres estudios que Zaretsky refiere en su trabajo, coinciden en que en los terrenos de lo privado se erigen relaciones de

poder que tienen un significado político, además de reconocer que la supremacía masculina precede lo social y esta impuesta por un fenómeno biológico y natural, ya que las perspectivas tradicionales que se mantenían consideraban natural dominar a las mujeres, los hombres se encargaban de producir y organizar, mientras que la mujer confinada a la familia, siempre a merced de su condición biológica, dotando así roles sociales generan dos clases biológicas diferentes.

A partir de estos movimientos feministas se comienza a pensar la opresión femenina como un parte de un sistema político, criticando el concepto de patriarcado que depende de un modo de producción específico, de aquí deriva el hecho consistente de que no solo se debe atacar a la esfera familiar, en la cual se decía se conformaban los sujetos, siendo esta la institución primaria a través de la cual participa la mujer, si no considerar las estructuras que la componen y definen la condición de ser mujer. Si bien, la familia es la unidad básica de la sociedad, como nos menciona Zaretsky (1986) la familia es en primer lugar una unidad económica, pues genera la fuerza de trabajo y es escenario del consumo masivo; en segundo lugar es la unidad formada ideológicamente, la idea primordial de la propiedad privada en la que se personifican los conceptos más conservadores y por último, forma bio-social, dentro de la cual el “animal humano” se “constituye socialmente” y la supremacía masculina se configura por primera vez.

Los estudios feministas intentan realizar un análisis marxista de la opresión de la mujer, sin embargo, lo limitaban al estudio de la actividad económica, olvidándose de llevar este análisis a los demás ámbitos de la vida que son cruciales para entender lo que implica ser mujer para el capitalismo, considerando solo este análisis a nivel de producción, siendo así, entonces la mujer solo producía en tanto era capaz de procrear.

Zaretsky (1986) nos muestra que es propio del capitalismo concedernos el entendimiento de la familia y la economía como separados y su establecimiento de los modos de producción y trabajo, este sistema excluye a la mujer a menos que ésta esté asalariada. El capitalismo convierte las formas de trabajo en una mercancía más. Si bien las formas de trabajo que se realizan dentro de la casa

constituyen un ciclo de trabajo necesario para mantener la vida en la sociedad, con el advenimiento de la vida privada y el confinamiento de la mujer al trabajo hogareño, la separo de una forma muy drástica del hombre. El capitalismo aísla a la familia de la producción socializada, crea una esfera de la vida personal entre los sujetos en la cual la familia es el espacio donde se pueden valorar “a si mismos”. El trabajo del hogar queda completamente devaluado al quedar aislado de la producción socializada de plusvalía, dándole un nuevo significado a la supremacía femenina, asignándole a la mujer nuevas responsabilidades de cuidado y mantenimiento de la esfera privada y emocional, para ella la vida y trabajo quedan totalmente integrados. Este nuevo sistema acuña la familia como una unidad independiente dentro de una economía de mercado, se elimina la propiedad privada productiva como base de la familia y adviene una esfera de vida personal aparentemente de la economía y la producción.

Los cambios suscitados en esta segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX como mencionan Prost & Vincent (1987) no sólo deben de ser conceptualizados a partir de los cambios políticos sino también por los sentimientos que emergieron en la vida cotidiana y los efectos que estos podrían llegar a tener en los sujetos.

La modernidad entonces implica el construir de manera diferente determinadas sociedades en las cuales podemos notar una distribución cambiante de la vida humana, entre lo privado y lo público, lo cual conlleva a nuevas formas de relacionarse y de asumirse.

Prost & Vincent (1987) nos mencionan que la historia de la vida privada comienza con sus fronteras, para referirnos a estas fronteras, hablaremos de las condiciones de posibilidad que la modernidad brinda a las sociedades burguesas de delimitarlas. El muro de la vida privada coincide con la familia y con el terreno de las fortunas, de la salud, las costumbres, la religión, por lo que, si en algún momento los padres pretendían casar a sus hijos, pedían informes sobre la familia a la que pertenecería el “prometido”, confirmando así las barreras entre lo que en familia se mantenía oculto, la actual frase “estamos entre familia” adquiere en el presente un sentido que vendría otorgándosele desde hace años.

Vemos así que la vida privada conlleva a otras formas de relacionarse con el otro de tal forma que entre más alejado se mantuvieran los ajenos de esa privacidad, más estimado y considerado podías ser por la familia. Algunos temas se reservaban, como los asuntos íntimos o en presencia de desconocidos y con ellos, además también se contempla que con el fin de resguardar esa privacidad las casas se organizaban a modo de cuidar de ésta y permitir a los ajenos la entrada hasta cierto punto, siendo las habitaciones de recepción que mantenían esa condición, estableciendo así un espacio de transición entre lo privado y lo público.

Prost & Vincent (1987) nos aclaran que no ocurría lo mismo para todos los niveles sociales, sólo para la burguesía francesa la Belle Époque y de ninguna manera la vida privada podría tener el mismo sentido que para aquellos pueblos ubicados en las afueras de las grandes ciudades, por una parte, las tradiciones y cultura son diferentes, la vida que se lleva en el pueblo difícilmente les permitía subir el muro de la vida privada, ya que esta transcurría ante la colectividad, en donde la comunidad podía llegar a conocer los detalles más íntimos de su vida, siendo así la vida privada un privilegio de la clase burguesa poseedora de grandes residencias. “Se oponen dos campos claramente distintos: el público y el privado. La historia de la vida privada comienza con la historia de su democratización. A condición de no entender esta democratización de manera mecánica y simplista. La vida privada a la cual acceden los obreros o los explotadores agrícolas de fines del siglo XX no es la misma que la del burgués de comienzos del siglo” (Prost & Vincent, 1987, pág. 19)

Empezaremos a abordar ahora una de las esferas de la modernidad que modificó de forma indescriptible la vida diaria y que adviene como proyecto de la modernidad: el trabajo. Con el trabajo ocurre algo totalmente distinto, pues el trabajo se realizaba en una esfera privada y pasa a la esfera pública, los lugares de trabajo ya no son los mismos que los domésticos, dejando de regirse por normas de ámbito privado para adoptar convenios colectivos. (Prost & Vincent, 1987)

Y si recordamos lo que Zaretsky (1986) plantea, el desarrollo de la familia burguesa, estimulo el individualismo, la autoconsciencia y una atención renovada a

las relaciones domésticas. Movimientos como el romanticismo y el socialismo surgen para proclamar una unión entre la vida personal y productiva en forma de unidades económicas cooperativas, sin embargo el siglo XX, se distingue por inducir en el proletariado una esfera de vida personal, estableciendo la propiedad privada como la base del hogar burgués, lo que implicaba que las familias fueran aisladas, estando cada una de ellas gobernada por el padre, el cabeza de la familia que siempre era hombre y el que representaba a la mujer, niños y sirvientes. El advenimiento de la vida personal “privada” renegaba a las mujeres a los mundos de la infancia, sensibilidad y compasión que estaban dentro de la “esfera de lo femenino”.

Con esto empezaron a configurarse nuevos espacios de producción, donde trabajar en casa empezaba a ser suplantado por los trabajos en establecimientos. Ahora se debían realizar traslados para el trabajo, pero sólo bajo ciertas condiciones, las mujeres trabajaban en sus propios domicilios, obreros a domicilio y las mujeres de clase baja trabajan a domicilio como costureras.

Como se mencionaba anteriormente la modernidad mantiene solo sus funciones privadas, así que la familia solo puede expandirse en la vida privada, concretándose la privatización de la familia. “El cambio de las funciones implica un cambio de naturaleza: a decir verdad, la familia deja de ser una institución fuerte; su privatización es una desinstitucionalización. Nuestra sociedad se encamina hacia familias <<informales>>. Pero también acontece que en el seno de la familia los individuos conquistan el derecho a tener una vida privada autónoma” (Prost & Vincent, 1987, pág. 61)

Es importante mencionar que en el siglo XIX es cuando se da la conquista del espacio doméstico para el desarrollo de la vida privada. Esta consolidación tenía como propósito establecer un muro que separará a los extraños del grupo familiar. Sin embargo, a pesar de salvaguardar del espacio público el grupo de lo privado, estaba bajo la condición de no proporcionar un espacio privado a cada miembro del grupo, así pues, el espacio privado se vuelve solamente el espacio público del grupo doméstico, es decir, la familia. Y a partir de esto no se puede concebir la presión

que este grupo ejercía sobre sus miembros y las actividades cotidianas que realizaban unos juntos a otros, llevando esto a distintas acciones como el dormir, el comer e incluso realizar actividades de aseo, pero siempre frente a aquellos quienes estuvieran presentes, pudiendo herir el pudor. Así pues, la noción de intimidad apenas cobraba sentido ya que ésta no podía ser mantenida en secreto, la intimidad formaba parte de lo público y de lo privado ya que se exhibía cuando las muchachas tenían su regla, haciendo así que las relaciones sexuales también tuvieran lugar en lo público. (Prost & Vincent, 1987)

Como hemos mencionado los muros del espacio doméstico, delimitan las interacciones y las relaciones de poder que también se van a establecer en el espacio doméstico. Estas condiciones refieren a las sociedades burguesas de la Francia victoriana. Las familias de este nivel social tenían la posibilidad de adecuar sus hogares y de levantar los muros de lo privado necesarios. La modernidad, influye en la construcción de las familias, las cuales veían su comienzo cuando el matrimonio se arreglaba. Las familias tenían la preocupación de salvaguardar los bienes y por ello los padres de los conyugues se veían involucrados en el matrimonio, con el fin de que las parejas fueran dignas para mantener un estatus.

Una vez que la pareja se casaba, bajo las condiciones arregladas, comenzaba la vida familiar. Las familias de los conyugues se aseguraban de que lo primero que se lograra fuera la consumación del matrimonio, haciendo del acto más íntimo el más público. La recámara se configura como ese espacio en común de los conyugues en donde las relaciones de poder en la pareja se empiezan a gestar. La alcoba de los padres recordando a Foucault (1977) es el único lugar de sexualidad reconocido a nivel social y en el corazón de cada hogar.

Por otra parte, hay que recordar que los oficios y profesiones eran heredados como mencionan Prost & Vincent, (1987). El esposo tenía que salir a diario a realizar el trabajo, siendo este el sostén económico y el encargado de ciertas tareas, como los negocios, los acuerdos y los discursos públicos. Mientras que la mujer era la encargada de mantener en orden el hogar. Estas condiciones marcaban los lugares en donde los conyugues ejercían el poder. El hombre tiene el poder de decir y hacer

en su trabajo, pero cuando llega a casa debe estar bajo el yugo de la mujer, la cual es dueña y señora del hogar. Esta serie de características llevan de nuevo a levantar muros de lo privado, el hombre al no tener poder absoluto en el hogar se ve obligado a construir, despachos u oficinas dentro del hogar.

Es necesario recordar también que, aunque la familia se encierre y trate de mantener la privacidad ante lo público y la colectividad, los integrantes de esa familia, dentro de esos muros, viven una vida pública, pues no hay espacio para lo individual, siendo lo único perteneciente a cada individuo, pequeños objetos, lo que otorga a estos la cualidad de independencia y privacidad entre los miembros de la familia dentro de los muros de las viviendas.

Así como se manejan estas relaciones de poder entre los conyugues, los hijos se ven más restringidos, pues en absoluto pueden tener acceso a la privacidad y los padres ejercen poder sobre ellos, decidiendo lo que los hijos deben estudiar, con quien se deben casar o tener amistad.

Así, vemos que la mujer está destinada solo a ser el ama de casa, muy pocas mujeres eran las que tenían voz pública, como ya mencionamos el hombre o marido era el encargado de esos asuntos, la mujer solo tenía voz y voto en las cuestiones del hogar. Ni imaginarse que las parejas se casaran por amor o por atracción física, mínimo. El amor no garantizaba el éxito de un matrimonio, ni garantizaba la felicidad del mismo, pues se creía que si los comprometidos se agradaban al menos en un futuro podrían o no llegar a amarse. A diferencia de unos años más tarde, en donde los matrimonios jóvenes empezaban a aumentar, aquellos que se casaban a una corta edad eran aquellos que lo hacían por amor.

La modernidad plantea también nuevos estándares de belleza y con ello adviene una mujer preocupada siempre por lucir bella. Se concretan condiciones de hábitos alimenticios, de auto cuidado, de aseo y de belleza. “Las imágenes lo muestran, los comportamientos lo prueban, las expectativas lo confirman: la belleza no tiene el mismo valor en el hombre que en la mujer, Tanto los anuncios publicitarios como las portadas de las revistas, el lenguaje como las canciones, la

moda como las modelos, la mirada de los hombres como el deseo de las mujeres, todo nos recuerda con insistencia la posición privilegiada de que goza la hermosura femenina, la identificación de la mujer con el «bello sexo» [...] Ahora más que nunca la belleza femenina se contempla como algo importante no sólo para la vida privada de los hombres y las mujeres, sino también para el propio funcionamiento del orden social. Así, algunas feministas apuntan la idea de que la cultura del bello sexo, refiriéndonos al cuidado de la mujer, por ser y lucir siempre hermosa e higiénica, presenta en nuestros días todos los rasgos de un culto religioso, un dispositivo litúrgico en el seno mismo de las sociedades liberales desencantadas. Al término de su gestión, la deconstrucción radical del mito de la belleza conduce a esta espectacular conclusión: la fiebre contemporánea de la belleza femenina supone la continuación de la religión por otros medios.” (Lipovetsky, 1999, pp.93). De esta forma, la delgadez, la presión por lucir radiante en lo público y el mantener los cánones de belleza se vuelve una obsesión, ahora es importante mantener los valores, de odio y repudio contra la carne, dando así continuidad a prácticas que fueran capaces de mantener esta condición.

Empieza a gestarse la cultura del ejercicio y en la modernidad, se gestan más cambios en la condición femenina que en todos los milenios anteriores, las mujeres eran esclavas como menciona Lipovetsky (1999) de la procreación, ahora quieren liberarse de esta servidumbre y obtener una educación profesional. La moral ejercía una severa presión sobre ellas y ni poder hablar de una libertad sexual a la cual se pudiera tener derecho. El lugar de lo femenino estaba pre ordenado, orquestado por el orden social y natural. “Mientras que numerosos lugares y atribuciones de lo femenino periclitán, todo un conjunto de funciones tradicionales que perduran, y ello no tanto por inercia histórica como por su posibilidad de concordar con los nuevos referentes de la autonomía individual. Ha llegado la hora de que renunciemos a interpretar la persistencia de las dicotomías de género en el seno de nuestra sociedad como arcaísmos o atrasos condenados inevitablemente a desaparecer por la acción emancipadora de los valores modernos. Lo que se prolonga desde el pasado no es átono, si no que obedece a la dinámica del sentido, de las identidades sexuales y de la autonomía subjetiva. Si las mujeres siguen manteniendo relaciones

privilegiadas con el orden doméstico, sentimental o estético, ello no se debe al simple peso social, sino a que estos se ordenan de tal manera que estos suponen un obstáculo para el principio de libre posesión de uno mismo y funcionan como vectores de identidad, de sentido y de poderes privados; es desde el interior mismo de la cultura individualista-democrática desde donde se recomponen los recorridos diferenciales de hombres y mujeres.” (Lipovetsky, 1999, pp. 10-11).

“Modernidad democrática: no intercambiabilidad de los roles sexuales si no reconstitución de las desviaciones diferenciales más sostenidas, menos redhibitorias, no directivas, que ya no constituyen obstáculo alguno al principio de libre disposición de sí.” (Lipovetsky, 1999, pp. 12).

Como menciona Lipovetsky (1999) los dispositivos sociales han acercado uno y otro sexo, pero las separaciones iniciales siguen produciendo fuertes divergencias de comportamiento, orientación y recorrido. Como podemos ver los pequeños cambios tienen grandes efectos y las disimetrías de sexo y género están lejos de desaparecer, podemos decir que la modernidad no solo reafirma la separación identitaria masculino/femenino si no que la reproduce. La mujer sigue atada a roles privados, estéticos y afectivos, muy alejada de romper con su posicionamiento en la historia del pasado.

Y ni hablar de la sexualidad contenida, muda e hipócrita como la define Foucault, la cual es uno de los aspectos humanos y sociales que la modernidad se encarga de encerrar, ya que pertenecen al código de lo grosero, lo ilícito, lo obscuro, lo indecente a diferencia de los siglos anteriores. En el siglo XIX con el advenimiento de las familias burguesas victorianas se encierra a la sexualidad en la pareja, legítima y procreadora, lugar desde el cual la sexualidad si se reconoce, lo que no apunta a la procreación no tiene sitio, ni ley, reducido al silencio, condenado a desaparecer en el orden de la palabra. Bien era sabido que los niños eran despojados de sexo y la mujer era despojada de todo placer sexual, solo tenía acceso a este, si era para reproducirse y procrear.

La modernidad hace un espacio para aquellos lugares en los que la sexualidad es permitida, “Si verdaderamente hay que dejar un espacio a las sexualidades ilegítimas, que se vayan con su escándalo a otra parte: allí donde se las puede reinscribir, si no en los circuitos de la producción, al menos en los de la ganancia. El burdel y el manicomio serán esos lugares de tolerancia: la prostituta, el cliente y el rufián, el psiquiatra y su histérica [...] parecen haber hecho pasar subrepticamente el placer que no se menciona al orden de las cosas que se contabilizan: las palabras y los gestos” (Foucault, 1977, pp. 8). Fuera de estos escenarios, la sexualidad es denegada y reprimida, si no tiene un orden de ganancia, un precio al que se le pueda llegar, entonces no tiene derecho a expresarse en formas de lo real, ni de reproducirse en los distintos discursos, el puritanismo moderno caracteriza esta época.

Esto nos da cuenta del sistema que se reproduce en los aspectos más básicos de la cotidianidad y la sexualidad no es la excepción, en la sexualidad también se expresa la relación existente entre el poder, saber y sexualidad, lo que hace que la única manera de liberarse sea trasgredir estas prohibiciones que se heredan a través del discurso. Si bien el sexo es reprimido con tanto rigor es por su incompatibilidad con el sistema y con la fuerza de trabajo, desde que deviene la proletarianización estos dos campos se separa, la vida personal y el trabajo.

La modernidad construye un proyecto de sociedad en la cual el sexo está condenado y lo convierte en un pecado, se debe a una represión que se ha anclado y solidificado de tal forma que ha echado raíces rigurosas de las que resulta difícil liberarse, llevando a los sujetos a estar “en falta de su propio sexo” como menciona Foucault (1977).

“Se trata, en suma, de interrogar el caso de una sociedad que desde hace más de un siglo se fustiga ruidosamente por su hipocresía, habla con prolijidad de su propio silencio, se encarniza en detallar lo que no dice, denuncia los poderes que ejerce y promete liberarse de las leyes que la han hecho funcionar.” (Foucault, 1977, pp. 12)

CAPÍTULO II

LA HISTERIA Y EL CUERPO

“El cuerpo sabe decir la verdad de lo que somos” – Nasio

Desde la antigüedad la histeria ha sido una “afección” digna de asombro y de interés para diversos campos implicados en el ámbito de la institución de salud, además ha sido causa de consternación para aquellos que eran testigos de la misma. Podemos afirmar que no solo es una afección del orden médico, diversos psicoanalistas con formación inicial en el ámbito de la medicina y más específicamente de la psiquiatría, no podían dar cuenta de lo que la “originaba”. Más profundamente podríamos entender que al no encontrar una causa de orden biológico, un déficit de capacidad inminente que nos diera cuenta de que el padecimiento o “daño” se encontraba en algún lugar del cuerpo, si no que iba más allá, algo del orden de lo subjetivo que podría dar cuenta de esta constitución corpórea y subjetiva.

La histeria ha estado presente a lo largo de las distintas épocas, algunas ocasiones, digna de recluirse, de silenciarse, de medicarse y de enmudecerse, pero siempre gritándonos que hay algo del orden de la falta.

Desde la antigüedad, el mundo ha sido diseñado para lo “masculino” podemos notarlo incluso en prácticas que ahora podemos catalogar como un derecho y antes eran consideradas exclusivas para hombres. Marcando así una comunidad pública masculina y haciendo evidente la distancia social y cultural no solo entre las condiciones que se podían atribuir a los sujetos al nacer si no,

atribuidas también a aquel que bajo circunstancias del linaje era considerado como “bien nacido” proyectando una imagen armoniosa de sí, imagen de superioridad (Chauvelot, 2001).

El cuerpo del entonces bien nacido era digno de ser armonioso también y de ser mostrado, no fue entonces hasta que el cristianismo indicó el guardarse esa armonía para sí, que el hombre empezó a sentir pudor, a sentir vergüenza de verse desnudo y de sentirse deseoso de gozar. Desde este momento el hombre y mucho más la mujer deberán mantener una vida privada para sí, una vida que está condenada a desmesurarse dentro de cuatro paredes a reserva de no mostrarse tal cual al exterior. Mas, refiriéndose en particular a la mujer y su lugar en el mundo bajo estas condiciones culturales, económicas y sociales, podemos entonces sentar la idea de que el mundo masculino, no le permitirá, mucho menos a ella, mostrarse. Le enseñará a sentir vergüenza de su cuerpo, de sus deseos y de su sexo, que está destinada a ser y cumplir ciertos recatos.

Una parte esencial en la construcción del saber de la histeria fue la iglesia, la cristiandad constituida en medio de lo politeísta de la Antigua Roma, sustentada sobre La babilonia devastada, la cual hereda el puritanismo de la Ciudad de Dios, cuando se proclame el término del Imperio Romano y el comienzo de la Edad Media, dejando también como herencia, la Ciudad del Diablo, Jerusalén. Esto plantea nuevas condiciones para un nuevo ritmo de vida: el amor a dios condiciona los diferentes modos de histerización, considerando la renuncia total de sexualidad, donde este modo de vida tendrá la función de disciplinar las tensiones sexuales, ya que el matrimonio y la vida conyugal deben de ser motivo para guardarse y protegerse ante lo pulsional. Además, de tener en cuenta que ahora se debía también temer al diablo y a sus incitaciones, la sexualidad y los placeres del cuerpo comienzan a ser impuros, se debe honrar a los santos, ser devoto, pasional al martirio y tener temor del infierno, conservar la esperanza de que guardarse permitirá el paso a la vida eterna al morir, lo cual también era causa de histerización.

Ahora, si bien la Edad Media nos plantea esta dualidad, en donde la Iglesia es la ciudad de Dios y el Estado la ciudad del diablo, no solo va a tener efectos en

los discursos, lo tendrá en las formas en las que se concibe el alma y el cuerpo, así que, al extenderse los predicamentos cristianos, siendo uno de ellos la continencia sexual como nos menciona Chauvelot (2001) medicamente los enfermos histéricos aumentan.

Pero no es momento para detenerse en la historia de cada época, nos atañe la historia de la modernidad y su significación a partir de las condiciones que esta representa en los modos de vida. Lo importante de rememorar las condiciones históricas anteriores a la modernidad, es que constituyen un punto de partida para comprender que la historia, ha sido heredada por transmisión de vida psíquica, permitiéndonos así hacer una diferenciación de la historia moderna. Si bien, la historia ha sido un discurso distinto en las diferentes épocas, hay una voluntad que lo mueve y una intención estratégica que en la modernidad lo sostiene. Bien podemos considerar que la historización que se ha hecho de la historia solo nos da cuenta de su presencia a lo largo de las distintas épocas. Sin embargo, comprender como se ha significado el ser mujer a lo largo de la historia, desencadena la posición social, cultural y subjetiva en la cual se va a posicionar en el siglo XIX. Estas formas de posicionamiento van cambiando como van evolucionando culturalmente y con estos significados, se va dando pauta a la historia que Freud se dedica a investigar.

Freud era un médico interesado en el tratamiento de las neurosis, principalmente en la historia, punto de partida para la teoría y el método que irá construyendo a lo largo de sus *Estudios sobre la historia*. Antes de que Freud se adentrara en el tratamiento de esta, ya había algunos otros psiquiatras interesados, como Charcot director de la Salpêtrière y muchos otros antes de el mismo. Freud al terminar sus estudios en medicina, viaja a París para trabajar con Charcot. Hablar de Charcot es remitirnos a hablar del método de tratamiento de la historia que el empleaba y los discursos que en su quehacer sostenía. Las condiciones en las que se tenía a las “enfermas” eran realmente deplorables, ni el mismísimo Charcot tenía contacto con ellas, pues no eran dignas de atención y cuidado, se veía traicionado por el papel que el desempeñaba en su trato hacia ellas, de juez y verdugo, a diferencia de un neurólogo de principios del siglo XIX para el cual, la seducción e

ingenio eran las principales armas de cura, sin preocuparse de la transferencia, a la cual tanto le temió Charcot. Él nunca se dirigió al cuarto/celda de sus pacientes, hacía que se las llevaran arregladas y de forma presentable a su despacho, motivo principal por el que él y Freud tendrían diferencias. Tanto el cómo las enfermeras/cuidadoras ejercían un poder inminente ante las enfermas de la Salpêtrière, algunas de estas eran religiosas y el asunto de la fe no quedaba fuera de la clínica, este también lleva a una concepción de estas mujeres que no vendrá a ser distinto del lugar que se les da afuera. Además, estaba completamente adentrado en encontrar un sustrato anatómico de la enfermedad sin recordar que lo quería encasillar dentro de lo que había aprendido entre las barreras de lo orgánico y lo funcional. Quiso tomar cualquier perturbación orgánica como una manifestación histérica, al final de sus trabajos se dio cuenta de lo efectivo que eran otros tratamientos no organicistas, los cuales le generaban demasiada angustia al tener una formación científica que quería llevar hacia la histeria. Algo que a él le parecía horroroso como nos menciona Chauvelot (2001) era la sexualidad y sobre todo la sexualidad femenina.

Charcot se encargaba de ser cuidador fiel de los deslices de la sociedad burguesa y no prescinde de aquella idea en la cual la enfermedad proviene directamente del órgano, permitiendo la realización de extirpaciones de ovarios al por mayor, desocupándose del órgano más noble. Si bien, la histeria se había constatado mucho tiempo como una enfermedad de mujeres, el órgano hacia el cual se desplazaba el síntoma era ese útero, que no precisamente aquejaba solo dolor, sino que, hablada de más, de "Toda la estructura familiar y social estaba fundada sobre el papel de la mujer (la verdadera: la esposa, la madre); la cuestión del gozo sexual no concernía en nada. Había, para eso, lugares, muy frecuentados por los demás, donde chicas llamadas <<alegres>> se ocupaban del gozo y podían hacer ver el suyo." (Chauvelot, 2001, pp. 166)

Charcot consciente de eso y como mencionamos anteriormente velando por los estándares de la sociedad burguesa, tenía como motivo, el de no develar que si estas mujeres enfermaban era por no poder ejercer el placer de la misma manera

que se les permitía a los hombres. Situación que en algún momento Freud menciona a Charcot, haciendo referencia a la importancia que tenía la represión de la sexualidad (pero Freud no se refería a la represión psíquica, si no, a esa represión en un saber y en su transmisión a través del discurso), seguido por una de sus asistentes, mencionando el hecho de que estas crisis histéricas fueran parecidas a los orgasmos.

Freud no se engancha a este método organicista, el intenta emprender un camino hacia la profundidad de los caminos que estaban en el origen de la histeria. Freud al viajar a Paris intenta mostrar todo lo que anteriormente había trabajado con Breuer, y le muestra una forma diferente en la que se acercó a una de las pacientes de la Salpêtrière. Le habla, se acerca, la escucha y bajo el estado de hipnosis, deja que ella hable todo lo que “venía” a su mente. Esto constituye una nueva forma de intervención y brinda la posibilidad del surgimiento de un método que como consecuencia es base fundamental para la epistemología psicoanalítica, además, abre el paso a la construcción de un concepto que tiene trascendencia y es condición necesaria para la cura: la transferencia, motor de la terapia y garantía de la cura de la enfermedad.

Freud (1895) en *Estudios sobre la histeria* nos permite comprender que la histeria es una entidad clínica definida, en tanto que se exterioriza y estalla en acontecimientos notorios y desde el punto de vista relacional, como un vínculo del enfermo con el otro, el analista, en el cual aparece encubierta y reactualizada la idea patógena. Así pues, el analista puede a partir de su cumplimiento de trabajo de escucha, reafirmar su concepción de histeria, sobre todo a partir de su experiencia de transferencia.

“El cuerpo sabe decir la verdad de lo que somos” nos menciona Nasio (2010), las perturbaciones de la motricidad, de sensibilidad y temporales nos dan cuenta de la forma en la que la histeria ha dado rostro, la forma en la que estalla. “El cuerpo de la histérica sufre de dividirse, entre la parte genital, típicamente anestesiada, inhibida sexualmente, de aquella parte no genital que paradójicamente esta erotizada, sometido a excitaciones sexuales. “Histeria es un estado enfermo de una

relación humana en la que una persona es, en su fantasma, sometida a otro". (Nasio, 2010, pp. 32).

Freud en sus primeros estudios realizados (1985) se enfoca a determinar las causas de la histeria, intentando definir el punto que desencadenaba aquellos ataques y la provocaba, llegando a mencionar el hecho de que es una representación patógena, la idea parasita cargada de afecto lo que la causaba.

Anteriormente Charcot y Janet la consideraron como "enfermedad por representación" sin embargo Freud intenta romper con este esquema de trabajo y propone la idea parasita como generadora del "síntoma histérico".

Esta idea parasitaria gozaba de cumplir exquisitamente con un contenido verdaderamente sexual que hace enfermo al histérico, remitiéndolo a una experiencia infantil que resulto demasiado traumática y violenta. De aquí es de donde deviene el trauma, después de que se genera en demasía afecto sexual ante la seducción de un adulto. Freud insistía en la idea de que algún suceso ocurrido en el pasado tenía que ver con la sexualidad infantil.

La angustia que el trauma genera es necesaria para que el yo se mantenga salvaguardado ante tal exquisito contenido, ya que de no ser así posiblemente el niño no puede amortiguar o soportar la tensión, de tal forma que se vuelve necesaria la angustia y si está falta, pone en peligro al yo. Antes comenzamos a hablar del trauma histérico, cuando este se gesta ante la escena de seducción, la angustia se vuelve falta, permitiendo que el trauma se coloque para futuramente sea el causante de síntomas histéricos, dejando huella de ese momento orgásmico que el niño vivió ante tal contexto y esta misma representación en suma insoportable se hará de un lugar en el cuerpo a través de la cual podrá hablar de esa tensión psíquica. El trauma se origina por este trauma, la seducción de un niño por un adulto ha sido un acontecimiento generador de la neurosis, un trauma soportado pasivamente en la primera infancia.

La histeria pertenece al grupo de las neurosis, las cuales surgen de una forma inapropiada del yo de defenderse y de oponerse a el goce inconsciente y peligroso. Estas estructuras, nacen de una forma de defensa malograda, ya que para hacerlo no se tuvo otro recurso más que el camino de transformar este peligro en sufrimiento neurótico (síntoma). Las neurosis entonces, son los modos particulares del yo de defenderse y bajo esa premisa son los calificativos que Freud designa a cada cual, la *obsesión* el goce inconsciente se transforma en sufrimiento del pensar, en las *fobias*, se cristaliza en un elemento, transformándolo en el objeto amenazador de la fobia y como ya hemos mencionado, en la *histeria* se transforma en el sufrimiento corporal.

“El trauma que el niño sufre no es la agresión exterior, sino, la huella psíquica que queda de la agresión” (Nasio, 2010, 57) señal que queda grabada sobre una superficie del yo, imagen altamente investida de afecto, aislada, penosa para el yo, la cual será fuente del síntoma, entre más el yo trate de atacarla por su incomodo contenido paradójicamente más será aislada. El yo en su intento por negociar y salvaguardarse, lucha por aislarla volviéndola cada vez más peligrosa, aísla esa escena placentera gestada a partir de la represión convirtiéndola en displacer, pero esto no ocurre del todo, la represión fracasa y por eso en primera instancia Freud otorga el nombre de “histeria de conversión”. El yo, se encuentra en un conflicto. Por una parte, sufre la sobrecarga de una representación que intenta liberar su exceso de energía y por otro lado la presión constante de la represión. Pero como una olla exprés, toda esa energía sobrecargada de afecto intenta buscar y encuentra vías de liberación, desplazando toda esa energía a un estado de sufrimiento, producto del conflicto sobrecarga/represión, origen de la histeria.

Como ya hemos mencionado, ese influjo de energía que se contiene es el origen del sufrimiento somático, desde aquí y refiriéndonos al aspecto económico el dolor y el sufrimiento del órgano (diremos sufrimiento somático) es el exceso de esa energía y el constante estado en el que se mantiene. Durante sus Estudios Freud nos dejara ver que este exceso es el que se representa en el cuerpo de la histérica, ocasionando una hipersensibilidad o inhibición dolorosa.

Esto es por lo que la histeria se consideró como de conversión, esta llegaba a asentarse el órgano de acuerdo con el momento del accidente traumático en el que el infante es seducido, después de eso se elige el órgano mediante el cual se somatizara el síntoma. La represión no cumple con su objetivo de disipar el exceso, solo lo cambia de sistema moviéndolo a un estado de sufrimiento somático, demostrándonos que la conversión, como en las demás neurosis solo es una mala solución del yo. ¿Por qué fue tan efectiva la escucha en el tratamiento de la histeria que Freud inauguró? Porque permitió que el síntoma de la conversión cobrara un valor simbólico y mediante la palabra se instaura una vía posible de disipar ese exceso por el cual sufría la histérica, la escucha funciona como un yo simbólico, permitiendo que el síntoma se integre a la escucha psicoanalítica. Pero no basta con que el paciente lo nombre o hable de ello, si la escucha que el recibe es transferencial y el terapeuta desea entrar en la psique del paciente hasta el exceso y constituirse como núcleo del sufrimiento, si su deseo de analista está presente y logra identificar el sufrimiento entonces podrá decir o hacer surgir la interpretación de la palabra del analizado, otorgando a través de la escucha un nuevo sentido, el analista pasa a ser la energía misma. La escucha disipa el sufrimiento de la representación inconciliable, se disemina entre una familia de representaciones. Entonces el síntoma en el yo del histérico extenuado y enfermo se vuelve compatible con el resto del cuerpo llevándolo a desaparecer en tanto que el analista pone en su deseo ser el sufrimiento del síntoma.

El trabajo de Freud nos permite comprender que el origen de la histeria está en la infancia, si bien su teoría fue tan rechazada durante su tiempo fue porque nos hablaba de un saber de la sexualidad del cual no se quería escuchar y sobre todo se quería negar lo que él siempre plasmó en su obra “la sexualidad es perversa, polimorfa e infantil”. Aunque la teoría del origen de la histeria por conversión se mantuvo vigente, no pasó mucho tiempo, para que Freud desarrollara un discurso en el cual también esta se originaba por un fantasma inconsciente en el que ya no se consideraba solo la sobrecarga de energía, si no a un fantasma inconsciente en

el que más bien, él llega a pensar en el desarrollo del cuerpo pulsional en la infancia y comprender las experiencias vividas en la niñez al nivel de diferentes zonas erógenas, así el trauma adquiere un valor, el yo infantil sufre, una violenta tensión excesiva, a lo que llamaremos, deseo. El fantasma, un acontecimiento psíquico cargado de afecto que también se centra en una región erógena. “La sexualidad infantil nace siempre mal” (Nasio, 2010, pp. 58) es un foco de sufrimiento, una tensión demasiado intensa para el yo, el propio cuerpo erógeno del niño produce al acontecimiento psíquico, una sexualidad rebosante, asiento del deseo, indicando que podría llegar a realizarse la satisfacción de un goce y el goce es insoportable, que pone en peligro su integridad, tanto que para atemperarlo necesita de escenas y fantasmas que lo protejan. De esta forma surge la angustia, angustia fantasmática, nombre que adquieren el deseo y el goce. Esta definición de trauma de seducción Freud lo obtiene de su experiencia clínica de los relatos de sus pacientes. Esos relatos que los pacientes producían durante el análisis no eran relatos ocurridos en la realidad, si no que eran fantaseados por el paciente. Introduce así un nuevo concepto, el de la “protofantasía”.

Por lo tanto, es importante comprender, no sin antes mencionar, que este es un punto de partida indispensable para comprender por qué la sexualidad es relevante para el entendimiento de la histeria como lo menciona Lacan (1997) en donde es parte relevante y freudiano, tomando en cuenta la sexualidad como el goce de la castración, que se explicara más adelante.

“El desajuste de la sexualidad histérica se explica como la manifestación más directa o, para decirlo con más precisión, como la conversión somática más inmediata de la angustia que domina en el fantasma originario de la histeria.” (Nasio, 2010, pp. 45).

No es coincidencia que se creyera que, para darle cura a esta estructura, se recetara casarse pronto, pues solo en ese lugar la mujer podía ejercer su sexualidad sin tapujos y sin juicios. En el cuerpo del histérico se reflejaba la aversión y la repugnancia a todo acto carnal. Resultaba angustiante para Charcot y para Freud después descubrir que había hombres histéricos también. El discurso de la histeria

oculta una verdad que nos habla de una angustia a entregarse por completo al goce de lo abierto que es peligroso para el sujeto. El histérico, busca la insatisfacción al rehusar entregarse, la cual extiende a los demás aspectos de su vida, haciendo de ese deseo de insatisfacción una protección, ya que, entre más insatisfecho, más protegido se encuentra ante la amenaza del goce que podrá desintegrarlo y llevarlo a la locura. “El cuerpo hablante no puede lograr reproducirse sino por medio de una pifiada, es decir gracias a un malentendido de su goce.” (Lacan, 1977, pp. 16)

Ahora, es importante comprender también el contenido de los fantasmas históricos. El fantasma es una escena visual, una amenaza que entra por los ojos. En el caso del niño varón, el hecho de mirar a la madre desnuda o a una mujer con la cual mantenga un lazo de amor, la percibe castrada, la escena traumática le genera la “angustia de castración” al percibir el dolor de sufrir una castración como la de la madre, tal angustia está dirigida al falo, si la teoría del trauma refería a la angustia generada por una sobrecarga energética, la teoría del fantasma nos refiere a la angustia de castración.

El histérico se queda coagulado en esta fase, la fase fálica, llamada así no porque la parte faltante sea el pene, la parte que falta es el “ideal del pene”, la imagen de un pene potente al que se le nombra falo. Niño, vive en un mundo de seres portadores del falo y después de esta escena ficticia este mundo queda dividido en los que son portadores de y los que están desprovistos de el, independientemente del sexo anatómico, el niño no concibe el mundo por distinguir y señalar que el hombre tiene pene y la mujer vagina, no diferencia entre femenino y masculino, de tal forma que él no sabe si es un varón o una niña. El histérico al igual que el niño vive en esta incertidumbre y para tranquilizarse, la necesidad de permanencia de su órgano justifica una actividad masturbatoria frecuente y compulsiva. Sin embargo, esto también nos permite analizar, que ese “ideal del pene” que se mantiene en un intercambio de saberes, un discurso en el cual el pene es al que se le da el poder y no es raro que la mujer sea relegada a ese lugar en el que no es nombrada en todas sus relaciones.

La niña es dominada, caso distinto al del niño varón, por un fantasma femenino de castración, en el que el afecto es el odio y resentimiento hacia la madre. Cuando la niña percibe en la escena el cuerpo de la madre, ya castrado, recibe una confirmación de su propia castración y el odio se dirige hacia la madre, a la que se le atribuye haberla hecho mujer. El falo, no es el pene, el falo es la “idea universal del pene”, de tal forma que el niño no concibe diferencia entre los sexos, si no más que todo el mundo tiene pene, tienen en cuenta solo la existencia de un órgano genital y de naturaleza masculina. Y es por la cuestión del Falo como nos menciona Massota (, pp.34) por la que se introduce el fantasma de castración en la estructura del sujeto como consecuencia inmediata. Con el tiempo el varón descubre que existen diferencias anatómicas entre sexos, el varón entonces es perseguido por un fantasma de una amenaza de castración temida y venidera en su genital, él lo tiene, pero podría perderlo. Mientras que la mujer por un fantasma de confirmación de una castración ya consumada, no lo tiene, pero lo anhela, lo envidia. Este acto va acompañado de un resentimiento antiguo: el rencor de la separación dolorosa del destete. Para la niña el falo es el útero, ese órgano que la niña toma como un falo al cual habrá que preservar de cualquier ataque, lo enviste por el temor de sentirlo amenazado ante la visión de la madre (el niño percibe un falo al que no hay que perder jamás), lo cual explica el origen de la histeria, la angustia suscitada por la madre-falo es la misma que amenaza a la histérica ante la penetración, en su fantasma, el pene del hombre es un igual al cuerpo de la madre desmesurado y peligroso.

Este fantasma que petrifica al histérico, en su universo fálico y angustiante, en el cual entre más importancia le dé a su falo más acrecentara su angustia, la única forma de quitarse de encima esa angustia, es la conversión. El yo no es capaz de desprenderse de esa sobrecarga, la desplaza, la convierte, “Sobrecarga sigue siendo excesiva, pero cambia de estado: cesa de investir la representación inconciliable para investir una parte del cuerpo y producir un síntoma somático de conversión.” (Nasio, 2010, pp. 59)

El cuerpo real del histérico se encuentra invadido por el fenómeno de falización, erotización del cuerpo no genital y una inhibición de la sexualidad genital, el histérico como ya habíamos mencionado, renuncia al goce de la penetración, siente el peligro en esa parte fantasmáticamente sobreinvertida: el falo. La angustia de castración genera la inhibición sexual, anestesiando el cuerpo genital. Algo importante que nos menciona Lacan (1977) es que el falo es un objeto privilegiado sobre el cual uno se engaña. El sujeto no se deja penetrar siempre por el mismo objeto, uno se engaña sobre el objeto.

El histérico está atravesado por el fantasma de la castración y por otro que es el fantasma fundamental. El útero no solo es la representación del falo amenazado de mutilación al producirse la penetración, es también el receptáculo ideal al encuentro feliz y divino de un hombre y una mujer sin sexo, el órgano generador de vida, encontrándose entre esa condición de útero-falo. El fantasma fundamental concibe ese lugar de concepción sin penetración.

El histérico ignora la diferencia de sexos, y de aquí el problema de la histeria. El histérico no es capaz de asumir psíquicamente un sexo definido.

El fantasma ante el cual el histérico se mantiene insatisfecho goza de ser ominoso y siniestro, mantiene al histérico en su condición de insatisfacción, porque no hay nada más pavoroso y siniestro para el sujeto que ve la propia imagen hecha realidad del deseo, de lo que surge de él y del cual no podemos huir. Pero... se reprime, todo aquello de lo que no queremos saber queda en ese secreto, pero no es invisible, ese secreto que queremos mantener oculto se manifiesta sin pedir permiso y se lleva a distintos escenarios de la vida. El deseo es ominoso porque atenta contra la armonía de la vida, sale de los límites de lo familiar, violenta la naturaleza, pero también ahí, es donde se adviene sujeto, sujeto con sus respectivas cargas de afecto y con sus respectivos fantasmas histerizadores de su realidad, atentando contra la naturaleza.

CAPÍTULO III

EL SÍNTOMA

"Cuando el caminante canta en la oscuridad, desmiente su estado de angustia, mas no por ello ve más claro." - Sigmund Freud.

Las histéricas son las inventoras del psicoanálisis y en la construcción del método de asociación libre, ellas exigieron como condición para la relación terapéutica que el psicoanalista callara y se enseñara a escuchar, aprendiera a ser testigo de sus desventuras. Ambos reproducen el dispositivo que engendraron, el análisis pone como condición histerización estructural para que este se pueda llevar a cabo, de tal forma que en el análisis se asome una queja, una demanda de saber y un síntoma, alguien dentro de la relación deberá poseer el saber que se demanda de sí.

El cuerpo del histérico sufre de investir una parte del cuerpo y producir un síntoma somático de conversión. La inhibición de órgano genital acompañado paradójicamente de la erotización del cuerpo no genital, la conversión es la única manera que tiene el histérico para mitigar la angustia.

Ahora bien ¿Qué es el síntoma? Y ¿A qué niveles de subjetividad es importante definirlo? Para que sea pertinente en este momento hablar de ello es necesario retomar que, si nuestra hipótesis es que la histeria es un síntoma de la

modernidad, debemos definir el síntoma en tres distintos niveles de comprensión de la subjetividad: intrasubjetivo, intersubjetivo y transubjetivo.

Freud (1992/1926) en *Inhibición, Síntoma y Angustia* nos da una definición del síntoma a nivel intrasubjetivo que caracteriza el dispositivo analítico tradicional en la cual nos dice que: “El síntoma es un indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo. La represión parte del yo, quien por encargo del superyó no puede acatar una investidura pulsional. Mediante la represión el yo puede coartar esa representación desagradable.” (pp.20)

El síntoma entonces se encarga de mantener al yo insatisfecho a condición de salvaguardarse de un goce ominoso en tanto que éste no sea alcanzable en esta negociación. El discurso de la histérica hace evidente la falta en el otro (el analista, y no sólo en él, sino en la sociedad en tanto que el síntoma puede hablar) pero en todo caso también da cuenta de ésta en el propio emisor.

¿Pero que es el síntoma sin el goce? La histérica ostenta esa insatisfacción aboga por alcanzar y ser digna de ese goce supremo, histeriza su alrededor al darse cuenta de que falo es ese objeto insignificante que no podrá cumplir sus deseos ni sus promesas, vive jugándose al todo o nada, en la búsqueda reiterativa de un amo que le ofrezca respuestas o un saber, la histérica lo que busca en el analista es un amo como nos menciona Lacan: “Lo que la histérica quiere... es un amo...quiere que el otro sea un amo, que sepa muchas cosas, pero de todas formas que no sepa las suficientes como para no creerse que ella es el premio supremo de todo su saber. Dicho de otra manera, quiere un amo sobre el cual pueda reinar. Ella reina y él no gobierna” (Lacan, 1969-1970, Seminario XVII, pp.29).

El histérico es un ser de miedo, la insatisfacción del deseo es lo que demanda en sus palabras, como menciona Coria “la búsqueda de la histérica es la búsqueda por el deseo, y la búsqueda del deseo no es otra cosa que cuestionar, que hacerle la pregunta al amo sobre su propio deseo, para remitirlo al porqué de su insatisfacción, de su histeria” (Mejía, 2009, pp. 63). Vive insegura tratando de definir

quién es, a la pesca de lo que es deseo en Otro para identificarse con él, creando así una identidad fantasmática en la que ella es la eterna insatisfecha, soñadora de cumplir algún día sus fantasías, y él es el beso despertador, el cual posee todos los secretos del goce femenino, pero el goce femenino va más allá del pene, y la vida en pareja no aporta más que la comprobación de que no existe otro goce más que el de él y mientras ella se rehúsa como menciona Braunstein (2006) él se encarga de montar los encuentros sexuales significándolos como violación para ella, haciéndola gozar de no gozar y demostrando que el pene es incapaz de asegurar el goce. El falo no es el pene, el pene es la metonimia del falo y eso mantiene a la histérica con un deseo insatisfecho y dirige una demanda insaciable (que revela deseo y trasfondo inagotable) que acaba por mostrar la falta del Otro.

El saber por el que la histérica sufre insiste en mantenerse inconsciente, traduce su goce en síntomas, ese saber que a ella le falta es un atributo del otro que no la satisface, sino que alimenta sus preguntas, sostiene su dominio sobre ella negándose a compartir ese saber por el cual ella se flagela. Ella busca apoderarse a toda costa de ese saber, de recuperar el cuerpo perdido y dirige la mirada hacia la Otra mujer que sea capaz de enseñarle que es una mujer y que es lo que quiere. Sus intentos por dirigirse al otro no cesan hasta que ella se apodera de la falta en él, ofreciéndose como un tapón a esa falta, como si viviera solo para cumplir y satisfacer el deseo del otro, pero sin que este otro se lo pida, entrega y entrega hasta quedarse sin nada, pero siempre teniendo en cuenta lo que ha dado como su derecho a cobrar la deuda, deuda que el otro deberá pagar. Pero cuidado, cuidado de las fallas, de los daños sufridos de los cuales ella pueda hacer memoria, porque se ofrece a condición de una reciprocidad y se mantiene en ese lugar, porque es el eterno retorno a la insatisfacción, la mantiene en esa posición subjetiva porque solo ahí puede gozar de una forma que no la lleve más allá, al goce de lo abierto.

Esta posición subjetiva, estructura que mantiene, no solo la reproduce dentro de su intersubjetividad, se reproduce en un plano también transubjetivo, el sujeto de grupo antecede al sujeto de lo inconsciente y como tal la histérica es un “vínculo social” específico entre el deseo y su insatisfacción, la histérica da cuenta de un

saber, un saber sobre demandas de amor y lo sexual, mientras que por otra parte es necesario considerarlo como un mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer. El histérico se mantiene como un fin para sí mismo y como un eslabón dentro de la cadena en la que es tributario contra su voluntad, sujeto de grupo, como la familia y las distintas instituciones.

El sujeto, en este caso el histérico, se mantiene entre ese conflicto esencial en el que busca su reconocimiento propio, y para la era moderna no está tan alejado que nos atrevamos a señalar, que la mujer se posiciona dentro de este mundo intentando concretar un reconocimiento propio a pesar de la violencia de la transmisión a la cual ha estado sometida, siéndole imposible acceder a un lugar un posicionamiento, atrapada entre un silencio que sabe gritar la falta.

Si bien la modernidad nos plantea un cambio en distintos niveles como lo político, económico y social es necesario reconsiderar los efectos que esto provocó y evocó en los sujetos, en el caso particular del tema que nos ha llevado hasta aquí, tenemos que leer la histeria sobre el tema de lo sexual y en la modernidad, edad de las represiones, el tema de lo sexual en lo real comienza a reducirse en el campo del lenguaje. Si bien el lenguaje y la palabra controlan el discurso, al reducirse a mantenerlo en secreto nos da cuenta de ese control y del poder que se quiere poner en juego sobre el intercambio entre aquel que habla y el que escucha.

Y si nos regresamos un poquito a la época clásica y recordamos el hecho de cómo nos menciona Lacan (1975) el sexo no es nada natural, es el pecado original del cual habremos de sentir vergüenza (juego de palabras falla-falo-falso-falta), es la primera falta, la del pecado que comete Eva, ésa mítica mujer, dadora de vida, pero también aquella poseída por disfrutar del fruto prohibido, surge la necesidad de que la falla no cese y se agrande hasta que aparezca el sufrimiento de castración.

Las distintas instituciones como la religión, la iglesia, la ley, la política, la educación y la familia son espacios en donde se reproduce este discurso de un falso pudor hacia el sexo, aquello de lo que ella puede gozar a condición de que sea para

reproducirse, engendrar y heredar. La modernidad condujo a un falso pudor ante el sexo encabezado por la iglesia, logrando una incitación institucional a hablar del sexo, lo cual por supuesto como menciona Foucault (1977) paradójicamente condujo a una intensificación del habla indecente. Y la iglesia a través de cualquier acto católico se encargó de rastrear todo efecto de ese acto de callar y encontrar en algunos otros actos esas insinuaciones de la carne, la cual bien puede hablar del deseo, de imaginaciones. Todas las insinuaciones deben de ser perseguidas y se debe llegar hasta el último de los efectos que pudo haber ocasionado el no nombramiento, convirtiendo el deseo en un discurso institucionalizado. Siguiendo un puritanismo victoriano en el cual el voto del silencio es el síntoma (síntoma del síntoma).

El dolor en el cuerpo por la tentación y el amor ante el cual se resiste ha sido de los efectos que el cristianismo ha tenido en el cuerpo, un cuerpo deseante. El cristianismo surte efecto en la economía misma como menciona Foucault (1977) respondiendo a mecanismos de poder para cuyo funcionamiento el discurso sobre el sexo ha llegado a ser esencial, de tal forma que durante el siglo XVIII se desata una incitación en la política, economía a hablar del sexo de una forma racional, considerando la sexualidad como la fuerza de producción de una nación, si un país deseaba ser rico y poderoso debía gozar de una sociedad poblada, ya no solo decaía esta responsabilidad sobre la familia, el matrimonio, si no por la forma en la que los sujetos hacen uso de su sexo.

La institucionalización del discurso sobre el sexo entonces brinda espacios dentro de los cual estaba permitido hablar de sexo como la institución educativa. La institución educativa despojaba a los niños de todo deseo sexual, apagando poco a poco su sexualidad precoz, de la cual no se hablaba, pero si se hablaba en ésta de otro modo. Como menciona Foucault (1977) la sexualidad de los niños se remite a través de toda la organización de los colegios, manteniendo un discurso interno en las instituciones. Lo anterior mantiene como síntoma, un repudio a nombrar el sexo, a traerlo al discurso y de tomar en cuenta que la sexualidad es precoz, activa y permanente. La forma en que la institución pedagógica logra silenciarlo es a través

de una imposición masivamente a niños y adolescentes, en la escuela se puede hablar de él mientras pueda ser expuesto por un profesor y haciendo de las escuelas, uno de los lugares entre los cuales se podía hablar del sexo y más para evitar hablar públicamente de las perversiones. Pronto el discurso del sexo tendría lugar en los juicios penales a forma de crímenes, intensificando el peligro recurrente ante el cual se encontraba la colectividad hablando de él, la única manera de hacerlo callar era haciéndolo objeto colectivo intolerante, pero a su vez, buscando más espacios y aparatos para poder y hacer hablar de él, del sexo. “La sexualidad es perversa, polimorfa e infantil” como menciona Freud en *3 ensayos de una teoría sexual*. Todos estos espacios y estas formas en las que se establece el discurso sobre la sexualidad son formas de hablar de todo aquello que no si quiere hablar.

Todas las instituciones, la educativa, la médica, la cultura, la religión, y la familia exigen y causan la represión sobre lo sexual, y si nos hemos detenido a pensarla es porque ninguna de estas instituciones son las que exigen la represión, hablar de sexualidades reprimidas exige hablar de él sexo porque este mismo exige la represión, exige, mas no elige. En ella se encuentra un saber, el cual, por supuesto la gente comparte y que está en los distintos sistemas de poder, instituciones, que se mantiene entre locutores como el psiquiatra y la histérica. Estas instituciones logran sofocar y mantener reprimida la sexualidad, intentando poner a flote una verdad que indica lo que está dentro de la norma, controla la voluntad y el pensamiento, incitando al sujeto a cumplir su rol dentro del cuerpo social.

Estos dispositivos mediante los cuales se intenta perpetuar todas esas relaciones de poder, de mantener una sociedad disciplinaria, en la cual el poder no está alejado de la vida cotidiana, llevando los ideales de la burguesía a un control del cuerpo. Establecen los tipos de familia y el control de natalidad como modos de producción, y el uso que se hace del sexo. Hablar de sexo en la modernidad exige de dispositivos acondicionados capaces de conservarlo en secreto, pero haciéndolo brillar. La sexualidad se vuelve entonces un secreto que es indispensable descubrir, del cual se debe hablar en voz baja y disfrazada. Pero como todo secreto, se castiga, se prohíbe porque es alcanzable y ominoso, el sujeto no enferma porque

si, el sujeto enferma porque hay algo enigmático en el sexo, “histerizar es hacer que nazca en el cuerpo del otro un foco ardiente de libido”. (Nasio, 2010, pp. 18)

“Lo propio de las sociedades modernas no es que hayan obligado al sexo a permanecer en la sombra, sino que ellas se hayan volcado a hablar del sexo, siempre, haciéndolo valer, poniéndolo de relieve como el secreto” (Foucault, 1977, pp. 36)

La gente no se enferma por que ignora las reglas biológicas y en este caso, porque también ignore las condiciones sociales por las que está atravesado, sino porque hay algo bien enigmático en el sexo. Contrario a las posibilidades de la medicina, Freud se dirige al camino opuesto y tratando de separar el sexo biológico como desencadenante de la “enfermedad”, el conecta el psiquismo con la sexualidad, asegurando que un trauma psíquico estaba en el origen de la histeria. No habría ni histéricos, ni obsesivos, ni fóbicos si la biología rigiera. La sexualidad no es reprimida por sí misma, se reprime por su contenido tan enigmático, el sujeto reprime lo sexual, pero solo en tanto que la pulsión carece de un objeto que es impuesto y destinado para el sujeto con anterioridad. Cuando algo es reprimido es porque ese algo exige ser reconocido, y la sexualidad plantea interrogantes para las cuales no hay un saber unido al sexo. Aclarando el punto no nos referimos la concepción vulgar de sexo que plantean médicos y biólogos, en la que se designa a las personas una tendencia, un objeto ya construido. La sexualidad es más que eso, la sexualidad tiene sus destinos porque todo el contenido de la pulsión elige sus objetos, elige sus destinos, los cuales pueden variar y pueden dirigirse a lados distintos en los que se creía que estaba ya puesta, esos objetos que se eligen, cambian, no podemos referirnos a esos objetos como una relación determinada con la pulsión, y ahí está lo enigmático, por que asusta, porque nos habla de lo que no quiere ser hablado, de lo que produce efectos en el sujeto, un enigma es eso que plantea una cuestión y exige ser resuelta.

La culpa no es del sexo, ni de las sociedades, ni de las culturas, ni de las prácticas que se prohíben en las distintas religiones, el problema es el cuestionamiento que nos realizamos, “¿Qué es aquello en lo sexual en efecto que

lo sexual deba caer bajo los golpes de la represión?” (Massota, 2000, pp.29). Él nos permite entender que lo que el sujeto reprime es que, tratándose de cosas sexuales, tiene que arreglárselas solo y que ni la pulsión misma le permite la determinación del objeto, porque si habláramos de elección nos referiríamos a un acto Cc-Pc. En el sexo lo que se juega es esa determinación del objeto que el en inconsciente es carente de forma, “el sujeto no sabe sobre aquello que está en el origen de los síntomas que soporta (he ahí al inconsciente) porque nada quiere saber de qué no puede saber que no hay Saber sobre lo sexual [...] el sujeto nada quiere saber de eso que el Falo articula, o introduce: de que hay “corte” en lo real, fisuras, agujeros, heridas; a saber, la castración. El sujeto no quiere Saber nada de problema con respecto al Saber del objeto, que no hay “razones para que haya objetos que faltan, pero que estos faltan” (Massota, 2000, pp.29 y 40). Si traducimos lo anterior, en el contexto de la modernidad, en la mujer la envidia del falo por la que vive cegada y sometida, es porque el varón en su afán por no perderlo al saber que puede pasar, no hay manera de distinguir la pulsión en femenina y masculina porque en esencia es de naturaleza masculina y por lo mismo no puede ser utilizada con fines de poder, no hay privilegio que selle la diferencia anatómica, sin embargo, en el plano de lo real, la mujer no tiene acceso a esos objetos que temporalmente encajarían en su falta.

Una pregunta que siempre ha intrigado a los psicoanalistas y que sigue dejando huellas en el psicoanálisis como disciplina es ¿Qué quiere una mujer? Es una pregunta que seguirá permeando las situaciones posmodernas y en el entonces clímax de la modernidad desafió a Freud. El hablar de lo femenino y del psicoanálisis era adentrarse en terrenos oscuros en los cuales lo femenino se vuelve a la cuestión de la prohibición como menciona Assoun (1995) y del Otro en el punto en que la feminidad se enfrenta con la perversión, hablándonos de un goce de dos, en el que la pasión femenina busca su objeto y se encuentra con el perverso en búsqueda de una mujer sostén de la pasión.

El devenir mujer no solo se deposita en lo real, se juega en la dimensión clínica a la que hemos referido durante todo este texto, es una ilustración de ese

modelo en el cual el “devenir mujer” es una relación de compromiso que permite la dinámica clínica de la histeria, lo que aclara el dramatismo de la experiencia y en donde se deposita el trauma de la castración, la relación con el padre, el vínculo con la madre, la elección del objeto y del amor de un hombre.

Esta dinámica es la misma que ha permitido que nos cuestionemos en el plano de lo simbólico el estatuto de la mujer y su lugar como “síntoma social” en la cual ella se designa, volviendo de nuevo pertinente hablar de deseo, el deseo de la madre, el deseo puesto, “el deseo del niño” hasta la experiencia pasional. Lo cual comprueba que el devenir-mujer no es solo algo que este dado si no algo que se designa desde el vínculo con la madre.

Los síntomas son heredados, son adquiridos a través de la herencia subjetiva que los padres depositan en el sujeto, así es como se va por la vida, andando y construyendo los distintos objetos necesarios, con las dolencias en tanto vivencias, debatiéndose entre el principio de muerte y el principio de vida, buscando vida en los lugares equivocados creyendo que son los correctos, porque tenemos miedo de morir, de darnos cuenta de que no podemos contra todo, de que el narcisismo no es suficiente para ser invencible. Pero que sería de la vida, sin los síntomas, sin los afectos, sin los objetos, sin la conversión, la histérica sabe que no quiere saber de estos procesos, la histérica sabe que está en una posición en la que ahí donde sufre, también goza, ahí donde es rechazada más se aferra, ahí donde no es escuchada, más grita.

La pulsión es un concepto importante que se vuelve pertinente retomar para hablar de síntomas, del deseo, porque en su momento fue un concepto que le permitió a Freud también repensar la histeria y porque el concepto pulsión (*Trieb*) permite ser relacionado con la sexualidad, como menciona Braunstein (1999) la pulsión es sexual, no hay más pulsiones, en las fronteras de la muerte.

“SEXUALIDAD. La humana, la del psicoanálisis, surge en el campo del Otro y desde allí invade al organismo. La pulsión representa y metaforiza esta intrusión

de los sexual que, por proceder y requerir del Otro, es alienante y, por serlo, colinda con la destrucción del sujeto, con la muerte.

La pulsión indica que hay que realizar algo (“exigencia de trabajo”) para que el deseo sea reconocido en el Otro. Por eso es por lo que no hay más pulsiones que las sexuales, en las fronteras de la muerte. Pulsiones que son salvajes, irreductibles al principio de la realidad y también a su dueño, el principio del placer. Pulsiones que arrastran al más allá de la autoconservación con la fuerza incontenible del deseo y que impugnan la idea misma de ligazón y construcción de unidades progresivamente superiores. Están en el origen de la cultura a la vez que esta solo es posible a través de su morigeración, postergación y sustitución, así como por la inhibición de sus metas que permite la fundación de vínculos humanos y relativamente estables. Si por algo hay malestar en la cultura y si por algo era Freud pesimista con relación a ciertos ideales de armonía era por considerar que esta lucha de la cultura contra la rebeldía y el salvajismo de la pulsión sexual estaba perdida de antemano. Porque la pulsión sexual es muerte apenas desviada” (Braunstein, 1999, pp. 27).

CAPÍTULO IV

LA HISTERIA COMO SÍNTOMA DE LA MODERNIDAD

“He aquí al recién nacido al mundo de los hombres, pequeño cuerpo sin instrucciones sobre su “acción específica”, que, incierto, inicia su existencia con el grito, que de forma lucida Freud ya vinculó a la carencia de “acción específica”, a su exposición al otro. El grito es el de un cuerpo viviente convertido en demanda, en llanto y, por ello, en esa encrucijada en la que el viviente expuesto al otro experimenta la vida, como imposible. Aceptar eso, ese momento del trauma, de la escisión entre el hablante y viviente, ese momento de imposibilidad es lo que separa la psicosis de la neurosis” – Pereña.

La histeria es la piedra angular que nos permite la comprensión de un discurso y hay que considerarla como estructura, no como enfermedad. De tal forma que es un efecto de la estructura del inconsciente a través del lenguaje. La estructura elige una sintomatología, donde lo inconsciente puede liberarse sin constricciones, para hablar de aquello que falta. Pero no elige cualquier forma, elige una que la hace, centro de interés, de inquietud, y de solicitud, una enfermedad de la que los demás hablan, conocen y temen por el espectáculo que brinda, el espectáculo del dolor. Las imágenes que la histérica proyecta están relacionadas con el estímulo del dolor, un dolor ocasionado por la falta, pero como hemos mencionado no la falta de un falo, si no la falta de esa representación que se hace de el en la realidad, en donde el hombre en su miedo y arrogancia busca espacios para falizarlos y apropiarse de

ellos. La histeria ha sido siempre una cuestión de dolor forzada a mostrarse en un espectáculo, en el que los médicos viven encantados por aquellas imágenes de la histeria mientras que ellas exageran su realidad, exageran la teatralidad en su cuerpo. En estas instituciones podemos ver esa díada que siempre acompañara a la locura, esa que expresa el amor-odio, por un lado, el interés y asombro, una demanda y por el otro, esa aberración, esa repulsión hacia eso que resulta terrorífico, ominoso. La historia de la histeria está ligada con pasiones, en donde entre ella más se entrega, ella más empeoraba y en el psiquiatra pasaba lo mismo, cuanto más ella empeoraba, la fascinación se desvanecía y ese encanto se convertía en odio, en repulsión hacia ese espectáculo que inventó la clínica de la histeria.

Como menciona Chauvelot “Las manifestaciones de la histeria siguen la evolución cultural, social y son fieles a la moda. Son un reflejo de la impregnación de toda la psique por el lenguaje. Los animales domésticos que se bañan en el lenguaje humano son capaces de histeria. En medida en que reina el lenguaje, la histeria seguirá estando viva: es la enfermedad humana, por excelencia.” (2001, pp. 179) Es la enfermedad humana por excelencia porque permite entrar al circuito del deseo, porque otro te incluye y no por pie propio, y produce esa ruptura entre lo biológico y el psiquismo, entre la necesidad y el deseo. La histeria permite la entrada al mundo del deseo, permea el deseo y la labilidad de éste.

Esta estructura grita siempre de acuerdo con las condiciones sociales, y posiblemente en la actualidad gritará de una manera distinta, la histérica sabe bien como gritar de manera que aquellos síntomas la hagan parecer loca, de acuerdo con las modas que se sigan en los tiempos, ya sea siglo XX o siglo XXI, seguirá gritando de formas diferentes, porque la falta siempre grita, siempre busca sus objetos a través de los cuales hablar.

Síntoma grita lo que las palabras conscientes no pueden expresar. El sujeto no sabe que sabe y no quiere saber, pero lo que le falta a la mujer en el mundo moderno es la falta de un lugar en aquellos espacios que son falizados y lugares en donde el poder se ejerce. El mundo moderno castra a la mujer en distintos aspectos,

éste está hecho para hombres y por hombres y en él no existe lugar para la mujer. Esta saber actúa y cala más allá de la conciencia a los sujetos que en esta época se asumen bajo la estructura de lo femenino. Y he aquí que hay algo que se repite y repite, que no deja de insistir y que surte efecto: el síntoma. Pero podríamos hablar de nuevo del síntoma de la histeria como ya hemos hablado en las páginas anteriores, más bien debemos referirnos a ésta como síntoma de todas las condiciones que la modernidad plantea y que hemos abordado. La histeria con su teatralidad grita por aquellos que no pueden gritar de una manera abierta pero que, dentro de esa condición, encuentran su goce, goce que no puede elegir otro objeto más que el del cuerpo, de un cuerpo que somatiza el dolor y lo dirige de manera inconsciente. Y no podemos dejar de apuntalar que también el psicoanálisis¹ es un síntoma de la modernidad.

Como menciona Morales (2011, pp.20) “¿Por qué el modelo dominante que explicaba los dos sexos era el masculino? La respuesta se encuentra en el modo como históricamente se impuso un saber cómo verdad. Para Galeno y para Aristóteles, así como para muchos médicos clásicos, había dos grandes principios rectores:1, el calor es el motor de la naturaleza, y 2, la sexualidad es efecto de la necesidad vital de equilibrio de los fluidos corporales.” ¿Por qué resulta importante considerar esta parte? Porque si ese saber se ha construido históricamente, el sujeto de la histeria viene a señalar precisamente lo equivocado y errado que se llevaba el camino hacia el entendimiento, sencillamente la histeria es un síntoma de eso que se había callado por años, por eras. Se construyó un saber en el que los discursos exaltaban la gracia, calor, semen, superioridad del hombre biológicamente hablando.

1. El psicoanálisis señala y nos viene a enseñar que existe un saber del cual nada se sabe y no se quiere saber, el sexo. La sexualidad no es un saber cotidiano del cual se hable todos los días. Pero no por ello, debemos afirmar que el psicoanalista es el único poseedor de este saber. El campo freudiano solo se delimita como menciona Massota (2000) el sexo queda aislado del campo del saber, no porque el psicoanalista sepa más, si no porque él separa el sexo del Saber. El psicoanálisis no es sexología, el psicoanálisis no había existido si todos esos campos que definen patológicamente las neurosis tuvieran razón, la gente no enferma por que ignora las reglas biológicas, si tuvieran razón, no existirían fóbicos, histéricos, ni obsesivos, la gente enferma porque existe algo bien enigmático en el sexo. La culpa no reside en la sexualidad misma, si no en su carácter ominoso.

Sin embargo, esas condiciones que le otorgaban superioridad ante la mujer se desplazaban al plano de lo real, donde el hombre en diversos aspectos sería más que la mujer. ¿Nos preguntamos por qué mujeres histéricas si también los varones se constituyen con una estructura histérica? Porque la histeria, en mujeres, gritaba eso, un lugar en el mundo real a través de su teatralidad, las histéricas con su encanto sedujeron a médicos y psiquiatras, gritando un lugar, un lugar que no se les había otorgado.

Si en algún momento llegaron a considerar que la mujer tenía las mismas características del varón, pero invertidas, olvidaron entender que, así como el hombre sentía placer en el acto del coito, la mujer también era capaz de recibirlo, pues el clítoris parecía ser poseedor de una anatomía semejante a la del pene, pero no merecedor de una satisfacción tal. El campo freudiano llega a mostrar que la sexualidad no tiene objeto, sin embargo, el adulto moderno, está comprometido, prometido a su objeto, el objeto de la exigencia normal del instinto sexual. El adulto está destinado entonces a buscar el objeto que le será dado, pero ¿qué sucede con esto si la pulsión no tiene objeto? La pulsión y el objeto no necesariamente están determinados. Y hablar de pulsión es hablar de deseo, de ese deseo que tiene como característica fundamental la labilidad de eso que lo liga al objeto. “Todo el mundo sabe que es un coito. Pero si se acepta el concepto freudiano de pulsión, diría yo, ya no será tan fácil decir que es un coito.” (Massota, 2000, pp. 24)

Es posible que en la actualidad estas condiciones sean muy pero muy diferentes, como hemos ya dicho, la histeria sigue modas y busca sus objetos, busca sus espacios para hablar de todo aquello no dicho y, sobre todo, los cuerpos. Es una parte importante entender también que posibilidades de investigación brinda el abordar las estructuras psíquicas y retomarlas en la actualidad. El psicoanálisis también surge a las exigencias de ésta, de esta teatralidad que busca espacios de escucha y un amo en el cual reproducir un discurso, pues la medicina y la psiquiatría sólo lograron reproducir un discurso del cuerpo y los malestares orgánicos sin buscar respuestas, sin buscar soluciones y es que cuando hablamos de histeria, no

hay algo que se pueda solucionar, pero si algo que reconocer, algo de lo cual debe responsabilizarse el sujeto.

CONCLUSIONES

Retomar el estudio de las estructuras clínicas y de los cambios que influyen en estas es un importante paso para la comprensión de las misma en la actualidad. Lo que hace humano al sujeto es precisamente que está atravesado por herencias, historias, por el mundo y por un otro.

Hablamos de más de 100 años del psicoanálisis, muchos podrán pensar que está obsoleto. Para nada, está más que vivo y nuestra labor será hacerlo vigente considerando los nuevos síntomas que se presentan en la modernidad. El psicoanálisis nos viene a dar una bofetada hacia al narcisismo humano, Freud nos demuestra que el sujeto no es dueño de sí mismo, de sus pensamientos, ni de sus destinos, ésta cruzado y dividido, entre lo que quiere y lo que desea, no es congruente con lo que quiere y con lo que hace. Hoy en día lo anterior sigue sin ser aceptado, hoy en día sigue asustando que hay un alguien dentro de nosotros mismos que desconocemos, que nos asusta y que nos habla de todo aquello que repudiamos. Uno nace destinado, uno nace con esa parte oscura, el enemigo que tenemos dentro. El hombre busca su mal, busca su bien, pero termina encontrando su mal.

El psicoanálisis tiene aún mucho trabajo, no es fácil para el sujeto tener que admitir que no se tiene control, que está desprotegido. El psicoanálisis ha dejado su impronta indeleble en la cultura, la filosofía, la sociedad, la educación, el arte y el cine. En el sujeto, hay dos, la división subjetiva, a través del análisis ese otro lo que quiere es salir, expresarse, que grita, y grita en diversas formas. Se permite que el sujeto vaya descubriendo a su sujeto de lo inconsciente. Por eso es por lo que la histeria se vuelve tan relevante, porque pone sobre la mesa las pautas para que ese sujeto de lo inconsciente hable y demande ese lugar en el que podrá ser escuchado, en el que va a ser depositado su síntoma a condición de que el psicoanalista también tenga puesto ahí su deseo.

¿Cómo grita el inconsciente humano en la actualidad? ¿Cómo gritará dentro de unos años? Es necesario trabajarlo, porque hacer oídos sordos de lo que en la actualidad gritan los síntomas de la histeria, esos que viven imperativos en la sociedad y brindan la posibilidad de un nuevo orden de relación con el otro. Hablamos también de otros procesos que el psicoanálisis debe abordar como el pasaje al acto que en la actualidad notamos en el día al día.

¿Por qué el psicoanálisis ha permitido que se le quiten espacios en las instituciones? Lo que la modernidad y sus síntomas nos exige es otro nivel de comprensión, nos damos cuenta de que si la histeria ha traído como consecuencia la escucha desde otros ángulos, se vuelve relevante escucharla y por lo tanto fomentar esos espacios de escucha y no de repetición.

Es claro que las instituciones están cambiando y parte de ello es que la modernidad también trae como síntoma la declinación del nombre del padre, si estas condiciones cambian, las estructuras subjetivas también lo hacen, las cuales es necesario comprender para poner sobre la mesa la posibilidad de un camino hacia el entendimiento de los síntomas actuales y de las problemáticas que permean el malestar en la cultura posmoderno.

Es importante comprender que es necesario regresar a los textos freudianos y lacanianos, retomar las bases del psicoanálisis, para poder formular y actualizar el campo de conocimiento e intervención del psicoanálisis. Abordar la subjetividad es entender la lucha constante en la que el sujeto se desvive por un posicionamiento ante la vida.

El posicionamiento que ha adquirido la estructura histérica a lo largo de la historia ha sido distinto, Hipócrates la concebía como una enfermedad del útero, Charcot como una afección orgánica del cerebro, hasta que Freud la leyó como un cuerpo que hablaba y decía una verdad mediante la conversión, como producto de lo reprimido, de lo olvidado y que ese síntoma se aliviaba o desaparecía cuando ese mensaje se descifraba. Esta tenía su origen en un trauma sexual real del pasado, la reminiscencia del trauma aparecía como un cuerpo extraño, una escena olvidada,

reprimida en el inconsciente, una representación sexual inconciliable del pasado que despierta un afecto tan penoso que el yo decide olvidarlo y el afecto busca como representarse en la conversión.

La fantasía de seducción, esa escena imaginaria da inicio de la sexualidad y del complejo de Edipo, necesaria y que es estructurante. La mujer histérica vive buscando un significado, por la falta de un significante propio de la mujer, para que la histérica se haga esta pregunta tiene que no sentirse mujer, busca esta respuesta de que es ser mujer y para encontrarla se identifica con el deseo del hombre para encarnar a la mujer deseada, se identifica a la vez con la mujer agredida y con el hombre agresor.

Ella está en busca de esos espacios en los cuales le sea posible identificarse con el deseo del otro y en la modernidad se identifica con el lugar de la mujer, lugar que es dado en ciertos aspectos pero que no encaja con el deseo que ha estado latente en el sujeto.

Bibliografía

- Assoun, P. L. (1995). *Freud y la mujer*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Assoun, P. L. (2002). *La metapsicología*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. A. (Ed.). (1999). *La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan* (Vol. 3). México: Siglo XXI.
- Breuer, J. & Freud, S. (1893-95). *Estudios sobre la histeria*. Obras completas, 2. Buenos Aires: Amorrortu.
- Chauvelot, D. (2001). *Historia de la histeria: sexo y violencia en lo inconsciente*. México: Alianza Editorial.
- Didi-Huberman, G., Arias, T., & Jackson, R. (2007). *La invención de la histeria: Charcot la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. España: Ensayos Arte Catedra.
- Freud, S. (1896-92). *La etiología de la histeria*. Obras completas, 3. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931-92). *Sobre la sexualidad femenina*. Obras completas, 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896-92). *La herencia y la etiología de las neurosis*. Obras completas, 3. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905-92). *Fragmento de análisis de un caso de histeria: tres ensayos de*

- teoría sexual y otras obras*. Obras completas, 7. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S., (1917-92). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte II)*, 17° conferencia. *El sentido de los síntomas*. Obras completas, 16. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1926-92). *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras completas, 20. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1933-92). *Descomposición de la personalidad psíquica*. Obras completas, 22. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1933- 92). *La feminidad*. Obras completas, 22. Buenos Aires: Amorrortu
- Foucault, M. (2009). *El orden del discurso*. Barcelona, España: Tusquets.
- Foucault, M. (1977). *La historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI
- Gerber, D. (2008) *De la erótica a la clínica*. México: Editorial Lazos Editora.
- Gerber, D. (2003). *Hacer un lugar al silencio*. En Acheronta Revista de Psicoanálisis y Cultura Número 18 – diciembre 2003. En red: www.acheronta.org
- Julien, P. J. (2002). *Psicosis, perversión, neurosis: La lectura de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1977). *Palabras sobre la histeria*. In conferencia en Bruselas (Vol. 26).

- Lacan, J. (1977). *El seminario, libro XVII (1969-1970)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.
- Maleval, J. C. C. M. (1987). *Locuras histéricas y psicosis disociativas*. Paidós.
Buenos Aires, Barcelona, México.
- Masotta, O. (2000). *“Lecciones de introducción al psicoanálisis”*. Barcelona: Gedisa.
- Mejía, A. (2009). “La histeria y el saber del psicoanálisis” Tesis de licenciatura
no publicada, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional
Autonoma de México, México.
- Morales, H. (2011). *Otra historia de la sexualidad*. México: Palabra en Vuelo.
- Nasio, J. D. D. N. (2010). *El dolor de la histeria*. Buenos Aires, Barcelona,
México: Paidós.
- Prost, A. & Vincent, G. (1987). *La vida privada en el siglo XX. Tomo 9*.
Paris: Editorial Taurus.
- Roudinesco, E. (2015). *Sigmund Freud: En su tiempo y el nuestro*. México: Debate
- Sánchez, A. (2015). *El poder foucaultiano y la mujer*. México.
- Verhaeghe, P. (1999). *¿Existe la Mujer?: De la histérica de Freud a lo femenino
en Lacan*. Buenos Aires: Paidós.
- Zaretsky, E. (1986). *Capitalism, the family, and personal life*. New York:
Harpercollins.
- Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Žižek, S. (2013). *El más sublime de los histéricos*. México: Paidós.